

PRÓLOGO

En septiembre de 1995 se celebró en Beijing la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer, convocada por Naciones Unidas y estructurada en torno a tres áreas prioritarias: *igualdad, desarrollo y paz*. La importancia de estos temas, que atañen no a una mitad de la humanidad sino a la humanidad entera, motivó que la Universidad de Navarra convocara, unos meses antes, el simposio *El espacio social femenino. Imágenes y realidades*. Se trató en este encuentro de abordar, desde muy distintos campos, el difícil equilibrio que consiste en respetar y potenciar la identidad de lo masculino y femenino, incorporando al mismo tiempo las nuevas creaciones culturales, los nuevos modos de establecer relaciones interpersonales, de relacionarse con la naturaleza o de integrar el trabajo en el desarrollo de la propia personalidad, etc. Tal reto requiere un diálogo abierto, con la amplitud del lo universal, capaz de plantear una propuesta sobre el significado antropológico de la diversidad del varón y la mujer, para el cual la institución universitaria se presentó como un ámbito adecuado. Una buena parte de las aportaciones de los 250 expertos, de más de 20 países, reunidos en Pamplona ven ahora la luz como Actas de ese evento; desde la antropología al marco jurídico, pasando por la salud, la educación y la promoción de minorías femeninas marginadas. Son aportaciones hechas desde la perspectiva propia del ponente, razonables y razonadas, y que, en ocasiones, de alguna forma alteran perspectivas anteriores, que no sin razón pueden asociarse con fenómenos de rechazo y de negación de derechos.

Un espacio social femenino

No es infrecuente escuchar una pregunta que planteada con distintas expresiones, y en diferentes tonos se podría formular así: ¿qué quieren las mujeres de este final de milenio? Corriendo el riesgo de una excesiva simplificación, se podría responder evocando la sensación vital de plenitud y felicidad, de cumplimiento personal que Isak Dinesen condensara en la

bella frase "estoy donde debo estar"; ella estaba materialmente en las tierras altas del continente africano, donde se "absorbía seguridad vital y ligereza de corazón". Esto tienen hoy en común los deseos de no pocas mujeres: un espacio social, unas tierras altas, la libertad de disponer de un espacio de acción que permita expresar la singularidad personal.

De hecho, el mundo humano es conjunto de proyectos, de historias irreductiblemente personales, que crean el horizonte de comprensión en el que la vida de cada ser humano se enlaza y se comprende en el espacio formado por las vidas de los otros. Cada biografía queda marcada y modulada por el modo en que la comprenden los demás. Y es propio de la condición humana integrarse con otros en proyectos comunes y al mismo tiempo personales. Por eso la falta de comunicación plena, el aislamiento o la separación del ámbito cultural y humano se experimenta como vida recortada en energía. Puesto que ser hombre o ser mujer son dos modos de saber de sí mismos, de proyectar lo futuro, de percibir la realidad, podría decirse que los hombres y las mujeres tienen espacios propios, aunque intensamente enlazados en el mismo horizonte de comprensión, en los mismos ámbitos.

Más aún, es propio de la persona humana aprender a comportarse, aprender a llevar una conducta recta, incorporándose a un grupo humano, en el que se encuentra con unas pautas que señalan el vivir con rectitud. Las buenas costumbres, las tradiciones, la normalidad no determinan la libertad; pero sí orientan el actuar humano y descargan de la excesiva responsabilidad de tener que someter cada una de las acciones a un análisis premioso. La dificultad, incluso cabría decir la tragedia, surge cuando la normalidad se difumina o decae. Unas veces porque dejan de tener vigencia unos determinados estilos de vida; otras porque entran en crisis aspectos esenciales de la comprensión de la humanidad del hombre; y en ocasiones como la actual porque algunos miembros de la sociedad perciben y denuncian violencias a la persona humana mujer que anteriormente permanecían ocultas.

Cada vida se compone a golpe de relaciones personales que lejos de ser neutras están marcadas por una personalidad que o es masculina o es femenina. La *imagen* de la mujer de comienzos de siglo, el trazado de su espacio, se formuló teniendo en cuenta únicamente la perspectiva del varón y por ende sin mundo para las mujeres, o al menos resultó un mundo muy estrecho para ellas; sin embargo lo que las mujeres de finales de siglo comprenden de sí mismas es otra perspectiva sobre la mujer que si se añade, sin pugna y sin estridencias, a las perspectivas anteriores asegura ganancia para todos. Abrir y alcanzar un espacio social femenino aparece, por tanto, como una aspiración legítima y una tarea de todos solidaria, que aúne diversidad.

Igualdad

No cabe duda de que las formas de entender la relación varón-mujer y de concebir su radical igualdad son muy significativas en lo que se refiere al sentido de la vida, a la propia identidad y a la convivencia humana. No sería demasiado aventurado afirmar que la desigualdad entre varones y mujeres, que en la práctica se ha dado a lo largo de la historia, incluso cuando la igualdad tenía un reconocimiento teórico, tiene sus raíces en el hecho de que no se haya sabido resolver la cuestión de cómo dar cuenta simultáneamente de la radical igualdad varón-mujer y de la diferencia entre ellos. Una clara consecuencia ha sido el desajuste producido en múltiples ámbitos al no saber valorar adecuadamente la contribución, tanto del hombre como de la mujer, a la familia y a la sociedad. En medio de las circunstancias de replanteamiento, de decaimiento de una normalidad en que las desigualdades estaban pacíficamente admitidas, si no se usa con rigor la capacidad de juicio, es fácil convertirse en instrumento voluble de ideologías o de caprichos personales de quienes ostentan el poder económico o político. Y lo que es más grave, se corre el riesgo de contribuir a instaurar otra normalidad que apantalle una violencia mayor aún.

No es de esperar que en una cultura pluralista todos coincidan en la respuesta ante la cuestión del sentido de la vida, o la dual condición sexuada, o qué es lo que afecta a la dignidad del hombre. Sí es de esperar, en cambio, que quienes puedan dar razón de sus respuestas sean acogidos con respeto, y se deje escuchar su voz en el debate acerca de "las mujeres" que a escala mundial está planteado.

La polémica cuestión de la igualdad varón-mujer hace necesaria una definición de la dualidad sexual que reconozca y dé cuenta de la diferencia sin que, al mismo tiempo, se cuestione ni la común humanidad ni la propia identidad de los varones y de las mujeres. La cuestión acerca de las diferencias entre varones y mujeres hunde sus raíces en el interrogante acerca de las relaciones de lo biológico y de lo cultural, de lo dado por naturaleza y lo elegible, para configurar lo específico y singular de cada ser humano. Tratar de hacer comprensible qué es ser mujer no es sólo afirmar su radical igualdad con el varón. Se trataría de llegar al núcleo radical que da razón de que las personas singulares son sólo o varones o mujeres. Como elementos para esa definición de la dualidad sexual pueden servir afirmaciones hechas a lo largo de este encuentro acerca de lo diferencial en el varón y en la mujer y del carácter originario, natural, y no meramente cultural, de tal diferencia.

Hay muchas actividades, muchas funciones, muchos modos de hacer que no son específicamente femeninas ni específicamente masculinas, sino plenamente intercambiables. Y al mismo tiempo, puesto que la persona humana no se agota en la dimensión sexuada implica también que no todas las mujeres son iguales como no son iguales todos los hombres. Tan injusta

es la discriminación de una persona por ser mujer como la discriminación que le abre paso sólo porque lo es. Todo lo vocacional, la teleología personal, las inclinaciones propias de las potencias operativas de cada ser humano, son la expresión de que la llamada creadora a la intimidad única e inédita con Dios para cada varón, para cada mujer, tiene un camino singular. A lo largo de este encuentro, las historias narradas en *yo femenino* desde África, Magreb, Latinoamérica, Filipinas, USA o Europa, en el *yo femenino* de la mujer gitana, emigrante o en la vivencia de un conflicto armado, complementan y enriquecen el análisis de *imágenes* de la mujer presentes en el ámbito del arte, de la literatura, así como el análisis de las *imágenes* vertidas en los medios de comunicación que no siempre han sido verdaderas, y con frecuencia no son justas.

Desarrollo

Las *realidades* vividas en la época actual ponen de manifiesto que persisten muchos desequilibrios. Especialmente en países en vías de desarrollo, las mujeres soportan solas la mayor parte de las responsabilidades familiares, sin acceso a la educación, y sin que apenas se valore y remunere el trabajo habiéndose llegado al fenómeno de la *feminización de la pobreza*. La calificación profesional ha abierto a las mujeres de los países desarrollados el acceso al mercado laboral, pero ha creado un nuevo desequilibrio ya que el trabajo mismo se ve condicionado a la posible maternidad, haciéndola muchas veces en la práctica incompatible.

Las propuestas para el desarrollo que se han ofrecido en esta reunión se suman válidamente a los esfuerzos realizados, en tantos países, para permitir y promover la presencia activa y real de las mujeres, como mujeres, en la vida social. Conocedores de que no puede haber aportación, ni genérica ni específica, si no se permite o no se facilita el desarrollo personal, se han apoyado cambios de algunas costumbres, nuevos estilos educativos, leyes que protejan modelos económicos y de organización del trabajo que hagan viable y amplíen un verdadero espacio social femenino. Común denominador de las ponencias ha sido, de una parte, la confianza en la capacidad personal de las mujeres de acoger la auténtica promoción y rechazar medidas que están al servicio de intereses de dominio político o económico. Desde la convicción de que la familia es bien primario imprescindible para la humanidad del hombre, se ha puesto de manifiesto la voluntad de no pocas mujeres de no permitir que la familia sea segunda prioridad vital, después del trabajo y del éxito profesional.

Y de otra parte, es común denominador la firme valoración de la solidaridad en la búsqueda positiva de creación de ámbitos justos en los que sea realmente posible la aportación femenina; solamente la solidaridad puede permitir la plena fusión de los diferentes espacios sociales en un único espacio humano y con ello un auténtico desarrollo. Sólo desde la

solidaridad el espacio social femenino puede alcanzar la amplitud suficiente para que las mujeres puedan hoy expresarse desde una libertad auténtica, que no pugna con las ataduras naturales de la maternidad, la atención a la familia, al débil y en general a todo lo humano; que no pugna con las tradiciones culturales de raíces hondas, asumidas como *lo propio*, y en las que brilla la humanidad del hombre.

Paz

En este final de milenio perviven, como *realidades*, viejas y nuevas formas de violencia, algunas de las cuales se dirigen directamente contra las mujeres; desde la violación programada en conflictos armados, el infanticidio femenino masivo en países asiáticos, la esterilización forzosa y la incitación al aborto a la manipulación de la imagen en los medios de comunicación, en el arte y en la industria publicitaria que induce comportamientos de desprecio, pasando por el abandono o los malos tratos. Las campañas promovidas por la *ideología del miedo demográfico* inducen en la mujer un sentimiento de culpabilidad en su dimensión de madre y la convierten en objeto de un control político de la población.

Sólo el reconocimiento y la protección de la igual radical dignidad de todos los seres humanos y de la unidad sustancial de la familia humana es garantía de paz y puede fundamentarla y promoverla. La raíz de la violencia es coincidente con la raíz de la desigualdad: la reducción de la condición personal a la mera corporalidad biológica. Es la misma raíz por la que se confunden sexo y género violentando así la dignidad humana con modelos de relación entre hombres y entre mujeres que pervierten la convivencia. No es que no haya habido violencia en todos los tiempos, es que la postura actual de pacifismo no es tan pacífica como parece. Hay una violencia desnuda, una violencia por sí misma, tristemente congruente con el privilegio que se concede a la vida física sobre la personal, o con el privilegio que se concede a lo decidido y elegido sobre lo dado por naturaleza. Esta forma de privilegiar parece exaltar a la persona, a la que se hace creer dueña y dominadora del universo, cuando en realidad ocurre todo lo contrario: se hace manipulable y objeto de violencia. El ámbito de la necesidad física, en contraposición al ámbito de lo libre, se vence sólo por la fuerza y no por las razones. Es por ello una violencia ciega.

La comprensión certera del sentido de ser varón y ser mujer, y del alcance de la dignidad de todo ser humano, hace plenamente razonable y justa la decidida oposición a falsos planteamientos de progreso y libertad, de desarrollo y paz. En la esperanza de ser voz prestada a quienes no pueden expresar sus aspiraciones de igualdad, desarrollo o paz se ha celebrado este simposio.

Natalia López Moratalla